



ver, como era costumbre de aquella gente, salian por una puerta las mugeres, y por otra los hombres, y así apartados caminaban todo aquel día hasta la noche, y entonces se juntaban las familias. Sucedió, pues, que al salir del Templo, el Niño Dios se ocultó de la vista de su Madre Santísima, y del Señor S. Joseph; y quando nuestra Señora salió, que miró por él, como no le vió, juzgó que se habia ido con los hombres en compañía del Santo, y el Santo, que tambien tenia cuidado del Niño, juzgó que iba con su Madre. De esta manera caminaron todo aquel día; que á buen seguro que á nuestra Reyna se le haria un siglo. Llegaron á la noche; y quando María Santísima vió que no venia con San Joseph el Niño, y supo del Santo que no le habia visto en todo el día, fué bien necesario un especialísimo auxilio de Dios para no caerse muerta de pena. ¡O Dios mio, y Padre Eterno clementísimo, que me habeis dado á vuestro Hijo, y yo me descuido en guardárosle! (diria exclamando de lo mas profundo de su alma nuestra Reyna) ¡O Señor, y Dios mio, que lo perdí por mi descuido! ¡O altísimo Dios, y poderosísimo Rey mio! Confortad mi alma en tan grande tribulacion. Atended, Padre mio dulcísimo, que desfallece mi corazon asaltado

de repente de una tan impensada fatiga. ¡O Señor, usad de vuestras misericordias con vuestra Esclava, y decidme ¿en dónde está mi Esperanza, y todo mi Bien? ¿En dónde está mi vida, y todo mi consuelo? ¿En dónde podre hallar al Hijo de mis entrañas, y á mi Dios ausente, y perdido? ¡O amantísimo Hijo mio! ¿qué os habeis hecho? ¿En dónde os fuisteis, dexándome soia, y desamparada? Bien sabeis que esta es la primera vez que me hallo sin Vos, despues que me hicisteis vuestra Madre. Dios verdadero sois, y sabeis que sin Vos es imposible que viva; ¿Pues qué haré? ¿En dónde os buscaré? Angeles santos, ayudadme en este trance, y socorredme en este aprieto: mirad que os conjuro de parte de vuestro Criador, que me busqueis á mi Señor; y si lo halláreis, me deis aviso, para que Yo le busque, y le halle. Estos, y otros clamores diria nuestra Reyna, afligida con inmensa pena, porque sabia bien lo que era tener á Dios, y perderle. Llegate á tu Señora, y ofrécete á buscarle en su compañía, y mira no la dexes hasta que le halles, que por último ha de venir á hallarlo; y si tú te hallas en compañía de esta Celestial Reyna, tambien le hallarás, aunque le hayas perdido por tus culpas, y pecados.

184 Considera como sin mas di-

dilacion partió la Divina Señora por todas las casas de aquel Lugar, en donde llegaron, y por todas las posadas fué preguntando: preguntó tambien á todos los parientes, y conocidos, y á todos los demás; y como no halló persona alguna, que noticia le diese, creció grandemente su dolor, y desconsuelo. Considera, como á la misma hora, de noche, volvieron ácia Jerusalem, cada uno por distinto camino, hechos un mar de angustias sus corazones, y fuentes de lágrimas sus ojos. Pregunta aquí por el sueño, y por el descanso de un día de camino: pregunta por el miedo, y temor; ¿y cómo una tierna Doncella Virgen purísima, se vá de noche por un camino? ¿En dónde está el temor, y miedo de la noche? Si tú preguntáres estas, y otras muchas preguntas, te responderán, que no sabes qué es amarlo á Dios, y hallarse sin Dios amado de veras. Caminó toda aquella noche nuestra Señora por el camino de las mugeres, y el Señor San Joseph por el de los hombres. Piensa tú, qué diligencias iria haciendo: si dexaría rincón, ó mata que no mirase, llamando á su dulce Jesus, ¡y con qué ternura, y lágrimas! En encontrando á alguno, ¡con qué ansias llegaría á vér, y preguntar! Juntáronse, en fin, al amanecer á las puertas de Jerusa-

len los dos mas afligidos Esposos que ha habido en el mundo. Aquí juzga tú con piadoso ánimo, que no lo tuvieron para preguntarse el uno al otro si lo habia encontrado, ó habia hallado noticia; porque las lágrimas, y los semblantes tristes hablaban sobradamente para poderse entender, y mientras se abrian las puertas, no pienses que se sentaron allí, ni descansaron, que dieron vuelta á la Ciudad; pero en vano.

185 Considera como María Santísima, y el Santo Joseph, así que abrieron las puertas de la Ciudad, se fueron derechos al Templo: no dexaron parte en él que no buscasen, ni persona á quien no preguntasen. Pasaron todo aquel día, y nadie les dió noticia. Fuéronse por las calles, y plazas preguntando de puerta en puerta, y la noche siguiente por los portales, y casa puertas, por el pórtico del Templo, y otros parages, y así estuvieron esta noche: con que ya son dos días, y dos noches. Al día siguiente ya nuestra Señora estaba tan muerta de la pena, que daba grandísimo dolor á quantos llegaba á preguntar; y muchas piadosas mugeres es de creer que compadecidas de su pena le preguntaban con aquellas palabras de los Cantares: Decidnos, Señora: ¿quál es vuestro Hijo? Dadnos sus señas, y

os lo ayudaremos á buscar. Daba las señas nuestra Reyna, y con cada una un suspiro del mas profundo centro de su alma. Mi Hijo (decia la Soberana Princesa), mi Hijo es el mas hermoso de los nacidos, blanco, y rubio, escogido entre millares: su cabeza parece de oro, sus manos de cristal torneado, sus dientes de marfil, sus ojos de paloma, su cuello de alabastro, y todo él es un renuevo milagroso de la humana Naturaleza, hechura milagrosa de la Omnipotencia de Dios. ¡O, la mas hermosa de las mugeres! (le responderian) razon teneisen sentir tanto su pérdida. Así se despedia la Santísima Virgen, dexando señas en todas partes, y en esto se le pasaron tres dias naturales sin comer, ni beber, ni dormir, ni sentarse, ni descansar, como la Divina Señora se lo reveló al Beato Alano. Atiende tú por aquí, cómo el Señor atribula á su Madre: mira si la estimaba, y la queria; y con todo la pone en tantos aprietos, tribulaciones, y trabajos. Abre los ojos, y considera aquella verdad tantas veces repetida en la Escritura: Que Dios, á quien ama, castiga, y atribula. Consuélate tú, si eres atribulado; y teme si te falta la tribulacion.

186 Considera como nuestra Señora, pasados los tres dias, viendo que en Jerusalem no lo

hallaba, estuvo pensando, si acaso el Niño se habia subido al Cielo, acosado con las humanas ofensas; pero luego volvía, y decia entre sí: ¿pues no me habia de dar parte mi Hijo? Eso no lo creo de su bondad, y amor. Pensaba si le habian preso sus enemigos, y lo tenian oculto en alguna carcel: pero volvía luego, y decia: ¿pues hay carcel para Dios? ¿Hay prisiones, que le impidan el dexarse vér de una alma, que muere por él? Pensaba si acaso habian sabido que aquel Niño era el que quiso matar Herodes, y en secreto le habian quitado la vida: pero luego volvía, y decia: No, que mi Hijo ha de predicar al mundo, y su muerte ha de ser de infamias, y afrentas públicas. Pensaba si acaso habia encontrado otra criatura mas pura, y mas humilde que nuestra Reyna; y si acaso se habia ido á descansar con ella, cansado de las imperfecciones de su Madre; ó si se habia ido al desierto á vivir con el Bautista en soledad, y penitencia; y este pensamiento, como se fundaba en la profundísima humildad de nuestra Señora, haria mas operacion en su alma; y así dicen muchos, que llevada de un deseo de pasarse al desierto, á ver si estaba con el Bautista, se fué á hacer oracion al Templo, para ponerse en camino. Entro por el Templo, oyó voces

en

en el Aula de los Doctores, y entre ellas le pareció que oyó la del Niño Dios. Suspendió el paso, aplicó el oido, y se certificó de la voz de su Divino Hijo; y certificada, comenzó á respirar, y desahogarse su Santísimo Corazon: fuese llegando con todo sosiego, y prudencia, porque era prudentísima en todas sus acciones: asomóse, vió entre los Doctores la Vida de su alma, el Divino Hijo de sus entrañas. Aquí quédense las palabras, enmudezcan los Angeles, y callen todas las criaturas; porque ninguna de ellas, ni todas juntas son bastantes á explicar la grandeza del gozo que llenó el alma, y corazon de nuestra Reyna. Saca de esta consideracion tres cosas, que te serán muy necesarias en tus aflicciones: la primera, que tengas gran cuidado en no gobernarte por los pensamientos, que se levantan dentro de tí en el tiempo de la tribulacion, porque de ordinario tienen su origen en la pasion propia: recurre con ellos á la oracion, como lo hizo tu Señora. La segunda, que conozcas, en medio de tus trabajos, la paternal providencia, y bondad de Dios, que aunque muchas veces aprieta, y carga la mano, en todo pretende el bien del alma, y en nada su perdicion; y esto se conoce en que luego quando vé que vá flaqueando la miseria

humana, entonces suspende el trabajo; y así no desconfies, que es suma la providencia con que mira á los que padecen por él. La tercera ha de ser un desengaño grande de que nuestro Señor, quanto mas quiere á los suyos, mayores trabajos les dá; porque como los elige para su Gloria, y ésta se mide por los merecimientos, y estos por los trabajos, siempre su Magestad los dá mayores al que quiere para mayor gloria.

187 Considera como el Niño Dios, así que vió á su Madre, se despedió de los Doctores, con cortesia grave, y humilde, y se fué á sus brazos. Piensa tú aquí como los Doctores quedaron admirados de las preguntas, y repreguntas del Niño Dios, y todos hicieron un gran concepto de él, y le juzgaron lleno de luz divina, y sobrenatural; y en esta conformidad puedes piadosamente creer, que al salir del Aula se fueron donde estaba nuestra Señora, y viéndola tan pobre, la preguntaron si aquel Niño era su Hijo, y de qué de los doce Tribus era; y sabiendo que era su Hijo, y de la Tribu de Judá, y vecinos de Nazareth, le dixeran que si queria dexárselo, que ellos le enseñarian, y que con el tiempo saldria gran Maestro, y Doctor de la Ley. En este interin piensa como el Niño Dios le hablaría á su Madre al corazon, y le

le diria, no los creais, Madre mia, que son mis enemigos; y los que ahora me quieren hacer Maestro, me han de perseguir por mi doctrina. Con esta luz respondió nuestra Señora: Este Niño, señores, es mi único descanso, y sin él no podré vivir. Oída esta razon, piensa que se fueron diciendo: Mirad qué lastima, que sea Hijo de esta pobre Muger este Niño. Allá se sepultará en Galilea, y se perderá: si fuera hijo nuestro, hiciera mucho en esta Ciudad, y fuera un grande hombre. Así dexaron á nuestra Señora los soberbios despreciadores de la humildad. Bien pudieron entender, que quien siendo Niño los enseñaba, no necesitaba de sus escuelas para saber; mas la soberbia, y vanidad los tenia ciegos. Saca de aquí el despreciar los favores, y ofertas mundanas, y escoger mas el retiro, y la humildad que el aplauso, y estimacion popular. A los hombres no los creas; que por último sus favores se ordenan á quitarte á Dios: no lo alargues, porque sin él te pierdes: persevera en su servicio, y cree que es mejor ser despreciado, y desestimado con Dios, que vivir con estimacion en los palacios de los pecadores.

188 Considera como habiéndose quedado nuestra Señora sola con su Santísimo Hijo en el Templo, y con el Señor S. Jo-

seph, abrazándolo tiernamente; estaria por un grande rato suspensa sin hablar palabra, porque la ternura maternal, y el gozo que tenia, no le daba lugar; mas volviendo en sí, sentada á los pies de su Hijo Santísimo por un lado, y el Señor San Joseph por el otro, le habló dándole amorosas quejas: ¿Cómo así, Hijo de mi alma, me habeis dexado por tan largo tiempo? ¿En dónde habeis estado? ¿Qué habeis comido? ¿En dónde os habeis hospedado? ¿Y en qué os habeis exercitado? Decid, amor mio, y vida de mi corazon, ¿no habeis visto Vos la tribulacion, la pena, y dolor que nos habeis costado estos tres días? ¿No visteis aquellas ansias mortales con que os habemos buscado; sin descansar ni de noche, ni de día? ¿Cómo pudieron esas entrañas de amor sufrir tanta pena en quien sabeis que os ama con toda su alma? Todas estas razones puedes pensar que le quiso decir nuestra Señora en aquellas pocas palabras del Evangelio; y en la respuesta del Señor puedes tambien pensar que á todo respondió su Divina Magestad, para enseñarnos á nosotros, respondiéndole á su Madre, ¿qué es lo que buscábais? ¿No sabiais, que en estas cosas, que son de mi Padre, no puedo faltar? Piensa bien en aquellas palabras: ¿Qué es lo que buscábais? Como quien dice: ¿Me bus-

buscábais Hombre, ó me buscábais Dios? Como Dios nunca falté de vuestras almas, y corazon, y allí me habiais de buscar, y conociérais que estaba en vosotros, y con vosotros: y con eso queda respondido. A lo que me preguntais que en dónde estuve, y en dónde me hospedé, digo, que como Hombre ¿no sabeis que tengo de asistir en el Templo, que es Casa de mi Padre, y en los exercicios que en él se hacen para honra, y gloria suya? ¿Pues para qué me buscábais por los caminos, por las plazas, y calles? ¿Para qué entre los conocidos, amigos, y parientes? Al Templo habiais de acudir, en la Casa de mi Padre habiais de perseverar, puesto que de ella Yo no podia faltar; y con esto respondido. A las otras tres preguntas: Por qué os dexé, qué comí, y en qué me exercité: En quanto Hombre os dexé, porque la voluntad de mi Padre se ha de anteponer á la de mi Madre, y mi comida es hacer la voluntad de mi Padre: con esto vivo, y me sustento, y mis exercicios son dar gloria, y honra á mi Padre: todo lo que hago, y obro es para que el Padre sea glorificado en su Hijo. Piensa, devoto de nuestra Señora, y con alta consideracion pondera la doctrina del Señor, y aprende á buscarle dentro de tí. Quando se te ausentare, no le

busques en caminos, calles, y publicidades, no entre los parientes, y amigos, que no le has de hallar por ese camino: vete al retiro, y soledad, frequenta las Iglesias, no para vér, ni ser visto, sino para frequentar los Sacramentos, oír Misa, y rezar; y á esto junta el hacer en todo la voluntad de Dios, y no la tuya: busca en todo su gloria, y no la tuya, y tú verás como le hallas: lo hallarás sin duda; porque de estas cosas no puede faltar el Señor, porque todas son de su Padre, y todas son obras, y exercicios de virtud, por la qual, y por los quales se halla á Dios.

189 Considera con el Beato Alano de Rupe la respuesta que dá el Señor á su Santísima Madre acerca del dolor, y pena con que le habia buscado: lo primero le dió á entender, que la tenia de Binada para Espejo de las almas, y Maestra de las virtudes, y que para esto habia ordenado que padeciese tanto para hallarle. Como quien dice: ¿qué escusa pueden tener los pecadores para buscarme? ¿Cómo rehusarán el padecer para hallarme, viendo que Vos, siendo mi Madre, me habeis hallado, y buscado por tantas penas? ¿Si á Vos os costó tanta amargura el hallarme, que en tres días, y noches no habeis comido, dormido, ni descansado, y esto habiéndome perdido sin culpa;

pa; ¿qué será razón que le cueste á quien me perdió por grandes pecados, y culpas? Atiende á esta respuesta, devoto, y mira si has perdido á Dios; y si lo perdiste por tu culpa, mira qué trabajos te ha costado el hallarle, y por las penas, desvelos, y dolor conocerás si lo has hallado, ó si aún lo tienes ausente: y si no te ha quitado el sueño, ni la gana de comer el haberle perdido, teme mucho, y ocurre á la Sacratísima Virgen María, elígela por Maestra, y dile que te enseñe á buscarle.

190 Considera como tambien le dió á entender á su Madre el Señor con su respuesta, que sus angustias, y dolores no los podia ignorar, pues vivia en su alma afligida y angustiada, y el amor que la tenia hacia comunes las penas, sus aflicciones le afligian, sus angustias le angustiaban, y sus dolores le atormentaban; pero como el amor que le tenia era eterno, y miraba á fines muy superiores, por esa razón la quería, y encaminaba, no al descanso temporal, sino á la Gloria eterna; como quien dice: Cada pena, Madre mia, que se levantaba en vuestro corazón, me atravesaba á mí el alma; pero como sabía el gran premio, y galardón, que mi Padre os disponia por el penar, á trueque de veros despues en infinita gloria, toleraba

mi amor el veros ahora por un poco de tiempo en excesivas penas. Piensa por aquí, como los trabajos que dá el Señor á los suyos, son efecto de su infinito amor; y cuán cierta sale aquella verdad, que dice, que á los que ama, los castiga, y aflige en esta vida. ¿A quién amaba tanto como á su Madre? Y al paso del amor, que era excesivo, á ese paso eran excesivas las penas, y aflicciones con que afligia á su Santísima Madre. Consuélate, Christiano, si el Señor te afligiere.

191 Considera lo que nuestra Señora reveló á mi gran Padre Santo Domingo, y al Beato Alano: que habiéndole dado el Señor á su Madre todas las razones, en respuesta de su amorosa queixa, y habiéndole llenado el alma, y corazón de gozo inefable con ellas, prosiguió diciendo: Ahora, Madre mia, que ya me habeis dado parte de vuestras penas, y habeis oído los motivos que he tenido para dexaros padecer, quiero que sepais un secreto que pasa en mi alma, para que con eso se aliente vuestro corazón á padecer, que es la bienaventuranza de esta vida mortal: por que bienaventurados son los que en ella padecen por la justicia, verdad, y virtudes. Sabed, pues, Madre mia, que traygo tanta pena, y tristeza en mi alma desde el instante que fuí concebido en

vues-

vuestras purísimas entrañas, que excedé á todos los tormentos, y penas que padecen los condenados en el Infierno: y este tormento lo tengo de padecer por todo el tiempo de mi vida, hasta consumarla con la afrentosa, y terrible muerte de Cruz. ¿Quién puede ponderar el susto, y la amargura que sobresaltó el corazón de nuestra Señora con estas palabras? De improviso se borró el gozo de haber hallado al Señor, y se trocó en una tristeza, y aflicción incomparable. ¡O Divino Señor! ¿Por qué en esta ocasión habeis manifestado á vuestra Madre Santísima secreto tan doloroso? ¿No lo hubiérais dilatado siquiera por los tres días de tormentos, que gozase otros tres de alivio, y no que luego la exercitais, y como quien le quita de la boca un bocado dulce, y le da uno amarguísimo, así tan presto le trocáis en penas el gozo? Acaba de desengañarte, y saber que en esta vida aun los gustos de Dios, que vienen con mucha dulzura, duran poco; y si esto pasa con los de Dios, ¿qué puedes presumir de los del mundo? Conoce por aquí como unos, y otros son anuncios de penas. ¿Da el Señor un gozo á tu alma? Tenlo por vísperas de una pena. ¿Te da el mundo sus gozos? Tenlos por vísperas de las penas eternas; y así trata de desnudarte de tí mismo, y vístete

de sola la voluntad de Dios, teniendo siempre por sospechoso el gozar, y por camino seguro el penar.

192 Considera como la Sacratísima Virgen (según reveló á mi Padre Santo Domingo, y al Beato Alano) deseaba en su interior saber la causa de tantas, y tan rigurosas penas como el Señor padecía en su alma; y su Divina Magestad respondió á sus deseos en esta forma: ¿Deseais, Madre mia, saber la causa de mis penas? Sabed que mi alma está totalmente anegada en mi Divinidad, y mi voluntad criada está de todo punto transformada, y abrasada en el amor de mi Padre; y como el alma le conoce digno de sumo amor, y reverencia, viéndole ofendido de los hombres con quasi infinitas ofensas, y cada una de ellas infinita; al paso que le ama con un amor inenarrable, á ese paso siente cada una de las ofensas con un sentimiento, y pena inefable; y como no ignoro ninguna de las ofensas, ninguna hay que no lastime mi alma de por sí con infinito dolor; y como ellas de pensamientos, palabras, y obras, omisiones, é ignorancias, son quasi infinitas en el número; viene á padecer mi alma otro tanto número de penas, y tristezas infinitas: y como no hay instante, que con esta infinidad de culpas no sea mi Padre ofendido, no hay instante que mi alma no

R

pa-

19  
12

padezca la misma infinidad de penas, y tristezas, que de cada una de esas se le originan. Piensa, Christiano, que no eran solo las culpas, que actualmente se hacian en el mundo, las que afligian aquel divino corazon, sino todas las que se hacian, y se habian hecho desde el principio del mundo, y las que se habian de hacer hasta el fin: porque por todas satisfacía, y habia de satisfacer; y así allí concurrieron las tuyas á afligirle, á atormentar aquella santísima alma: aborrecélas, pues si amas á este Señor, no es razon que aflijas tanto á quien tanto debes amar.

193. Considera con la misma revelacion de nuestra Señora la segunda causa de las penas del Señor, que se la reveló tambien á su Madre Santísima, diciéndola: Sabed, Madre, que mi alma conoce en mi Divinidad el amor que mi Padre tiene á las almas, que es infinito; y como las ama infinitamente, infinitamente se compadece de su perdicion; y si pudiera padecer, y morir en sí por cada una de ellas, padeciera, y muriera muerte, y penas infinitas. Mi alma, que conoce este amor, y compasion en mi Padre, se viste del mismo amor, y compasion, como el hierro que está en la fragua se viste del mismo fuego, y se abrasa en un incendio de amor de las almas

inefable, de inmensa, y excesiva compasion de la perdicion de cada una: y como segun la porcion inferior puede padecer; desde aquel primero instante que fué concebido en vuestras purísimas entrañas, se ofreció á padecer por cada una tristezas, dolores, aficciones, y penas infinitas: y como ellas son innumerables, desde aquel instante padezco por cada una un número excesivo de infinitas tristezas: padezco por los pecados de cada uno, y por cada pecado de por sí: padezco por ganarle á cada uno las virtudes; y por ganar cada una en particular padezco infinitamente: padezco consiguientemente por ganarle á cada uno la contricion, y las medicinas de los Sacramentos, la perseverancia, y las virtudes, los dotes del cuerpo con la resurreccion, y los grados de gloria de cada uno; y cada cosa de estas, para cada uno en particular, me cuesta tristeza, y aficcion infinita, y así por cada uno una infinidad de penas, tristezas, y congojas infinitas. Mira, Christiano, lo que debes á este Señor, y mira cuán caro le cuestas. ¡O amor eterno! ¡O Dios de amor, no conocido de los pecadores! ¿Si tú pensaras, Christiano, que tu Señor andaba tan afligido por tu bien, le habias de ofender? ¿No le habias de servir? Pues hazlo desde ahora, puesto que quizá solo

aho-

ahora ha llegado á tu noticia este amor.

194. Considera la tercera causa de sus penas, como la misma sacratísima Virgen reveló en esta misma revelacion á mi Padre Santo Domingo, y al Beato Alano. Sabed, Madre mia (le dixo el Divino Hijo), que mi alma conoce en mi Divinidad el número cierto de los que se han de salvar, y el número determinado de los que se han de condenar: este es excesivo, y aquel en su comparacion muy corto: y siendo así que me ofrecí por todos á las penas, y tristezas que habeis oido; viendo cuán pocos se han de aprovechar de mi penar, y que innumerables, despreciando mi amor, mi compasion, y mis penas se han de condenar, me aflige el alma con tanta aficcion, que si todas las arenas del mar, y todas las yerbas de los campos se volvieren vivientes sensibles, y por todos se dividiera la menor parte de mi aficcion, todos quedarán de repente muertos; ¿y qué mayor pena, que padecer por salvar al que no quiere ser salvo? ¿Qué mayor pena, que padecer por quien ha de tener en nada, y ha de despreciar mi pena? Piensa, devoto de la Virgen, como tú hasta ahora has sido uno de estos despreciadores de las penas, y tristezas de tu Señor: enmienda tu vida, aprecia á quien te

aprecia, ama á quien te ama, y sirve á quien tanto debes. Llorá tu ceguedad, y clama de continuo á la Madre de las misericordias, para que ruegue por tí, y tú vuelvas en tí; porque ha mucho tiempo que andas como fuera de tí.

195. Considera la quarta causa de las penas de tu Señor, y piensa como su Divina Magestad tenia tan presentes todos los hombres del mundo, como si solo fuera uno, y ese estuviera siempre á su vista. Piensa así mismo, que veía, y sabia todo el número de los demonios, que en toda la redondez de la tierra perseguian á los hombres, y los habian tambien de perseguir hasta el fin del mundo: sabía todas sus astucias, ardides, y engaños para derribarlos: veía claramente á quantos derribaban en culpas, y á quantos traían á desesperados errores, á quantos cargaban de dolores, de plagas, enfermedades, y oía de cada uno los clamores: veía á quantos en cada hora, y momento agonizaban: veía á los demonios, que alegres cargaban por instantes innumerables almas á los infernos; y como las amaba á todas, le traspasaba el corazon una continuada compasion de infinito dolor por cada una. Mira, Christiano cuál andaria interiormente aquella alma sacratísima, ¡Qué afligida, y desconsolada! Ima-

R2

gi-